

Del mismo modo, esa idea de entender el cuerpo desde la materialidad performática de las emociones apunta al mismo tiempo no solo a entender la propia individualidad, sino también la comunidad y la agencia de las emociones en esos dos cuerpos como una categoría flexible (individuo y grupo). Esa conjunción se demuestra muy bien en cómo desde el capítulo 1 al 6 (Boddice, Vidor, León-Sanz, Fernández-Fontecha, Pichel y Rosón), aparece la historicidad y la experiencia individual de la materialización de las emociones a través del cuerpo enfermo, la performatividad del dolor y la representación individual a partir de las prácticas fotográficas. Los capítulos del 7 al 11 (Nagy, Martín-Moruno, Arrizabalaga, Hutchison, Taithe), exploran el cuerpo colectivo desde lo social y las prácticas del humanitarismo. Esa distinción que modela el volumen, finalmente, es la distinción analítica que buscan los capítulos: los cuerpos individuales y colectivos poseen divergentes y convergentes formas de materializar las emociones. El volumen, inmerso simultáneamente en varias discusiones del «giro emocional», desde la edición y las perspectivas de Martín-Moruno y Pichel, precisamente, intenta salir de esa valla y reformular lo que se entiende por emociones desde una mirada interdisciplinaria y flexible. De ahí entendemos, por ejemplo, la miriada de importantes autoras y autores que conforman los capítulos.

Siempre es un grato desafío leer un libro que intenta imponer una articulación conceptual, escapando de las obviedades y, sobre todo, proponiendo nuevas lecturas e interpretaciones a los fenómenos históricos de las emociones. La inscripción de subjetividades en los cuerpos seguirá siendo un camino fértil de pesquisas, tal como lo demuestra este volumen. ■

**Rafael Gaune Corradi**

Pontificia Universidad Católica de Chile

ORCID 0000-0002-7868-4380

■ **Miquel Molina.** Naturaleza muerta. Barcelona: Edhasa; 2020. 281 p. ISBN: 978-84-350-2567-6. 17 €

Naturaleza muerta. El título evoca un libro de historia del arte. Pero la imagen de la portada indica algo muy diferente: es una foto del «Negro de Banyoles». La historia de esta figura es, a grandes rasgos, bien conocida. Hacia 1830, un hombre que vivía en el sur de África murió y fue disecado por Jules Verreaux (1807-1873).

En 1831, el joven naturalista y comerciante francés se llevó «su obra» a su tienda de París. A mediados de los años 80 del siglo XIX, el naturalista catalán, Francesc Darder (1851-1918) compró «el betchuana» y se lo llevó a Barcelona, donde fue expuesto en varios lugares de la ciudad. En 1916, Darder se trasladó a Banyoles con su colección de historia natural. Allí, el Negro formó parte del Museo Darder durante gran parte del siglo XX. En noviembre de 1991, se desató una polémica sobre la exhibición de un ser humano en un museo municipal. En marzo de 1997, el Negro fue retirado de la vista pública y, en octubre de 2000, fue enterrado en Botsuana.

Hasta la fecha, el libro de Miquel Molina, un periodista de *La Vanguardia*, es el resumen más completo y mejor documentado del caso. Pero *Naturaleza muerta* es mucho más que la crónica de un escándalo. En veintiocho breves capítulos, Molina entremezcla la historia del Negro con entrevistas, reportajes, reflexiones personales y breves excursos sobre los variados contextos históricos del caso. Describe el mundo revuelto del sur del continente africano hacia 1830 en el que vivió el Negro, marcado por guerras y desplazamientos de población; analiza los negocios de los hermanos Jules y Édouard Verreaux (¡conocidos sobre todo como ornitólogos!); destaca la semejanza del Negro con una figura de la novela *Aventures de trois Russes et de trois Anglais dans l'Afrique australe* de Jules Verne (1872); nos habla de la práctica del *blackfacing* (pintarse la cara de negro para Reyes o para Carnaval). Así mismo, Molina da voz a Alphonse Arcelin (1936-2009), el médico español de origen haitiano que presionaba desde el 1991 al ayuntamiento de Banyoles para que retirara el Negro del museo y que finalmente lo consiguió. Arcelin, que se arruinó por los gastos judiciales que acumulaba, es el verdadero héroe (trágico) de la historia contada por Molina.

Un tema recurrente del libro, el que más atormenta a su autor, es el racismo científico y su impacto social en el siglo XIX (y más allá). El libro evoca casos parecidos al del Negro, como el de Sarah Baartman y los espectáculos antropológicos de Hagenbeck, Barnum y muchos otros que, hacia 1900, exhibían “tribus salvajes” en el zoo, en el circo y en grandes exposiciones, muy a menudo con la complicidad de antropólogos. «Era el apogeo de un racismo científico que seguirá proyectando sus sombras hasta los laboratorios de los campos de concentración de Hitler» (p. 88).

Un historiador probablemente no escribiría una frase así. Los historiadores defendemos que la historia es más compleja y multifactorial y que muchas veces no hay trayectorias directas. Pero, claro, Molina no es historiador, ni lo pretende. Por oficio, Molina sabe escribir bien y cómo enganchar al lector. Quizá el *highlight* literario del libro es su reportaje, denso y matizado, del funeral de es-

tado que recibió el Negro en Gaborone (cuando todo el mundo ya sabía que el Negro no era de esta zona). Molina asistió como periodista y la gente de Botsuana le bombardeaba con preguntas del estilo de «¿Por qué España no ha pedido perdón?».

Así, el libro no encaja fácilmente en un género concreto, variando entre la historia, el ensayo, el reportaje periodístico e, incluso, la autobiografía. Molina lleva casi tres décadas de investigación del caso y deja participar al lector en su viaje intelectual. Su compromiso es personal. Su posición es clara: se indigna ante las prácticas de los Verreaux, Darder y compañía. Es firme, pero no es polémico.

Molina siempre vuelve a la misma pregunta: ¿cómo fue posible que se exhibiera un ser humano en tantos lugares diferentes durante casi 170 años? El autor destaca cuán falso era el Negro, un resultado casi frankensteiniano. «Vaciado» por dentro (se dejaron solo unos pocos huesos), con la piel artificialmente ennegrecida con barnices, «adornado» con objetos (escudo, arpón, plumaje) que le eran ajenos: el resultado parece un producto fantasma del colonialismo europeo. Así se imaginaba el hombre europeo un «guerrero» africano, convertido «en naturaleza muerta con apariencia de vida» (p. 221). En su vuelta desde Banyoles hasta África, el proceso de construcción se invirtió. El Museo Darder se quedó con los objetos de adorno y el Museo Nacional de Antropología en Madrid, que «preparó» el Negro para el largo viaje, con la «piel acartonada, desnaturalizada por arsénico», entre otras partes, «todo menos el cráneo y las pocas articulaciones sobrevivientes de los brazos y de las piernas» (p. 189).

Molina admite francamente que está obsesionado con el Negro. No puede dejar de investigar su historia. Se trata de devolverle su identidad, su nombre, su origen para deshacer todas las apropiaciones que ha sufrido, borrar los nombres que le dieron los naturalistas europeos: el bosquimano, el betchuana, el Negro de Banyoles.

Molina no es el único obsesionado. Es miembro del «Club de los Amigos del Negro». A este grupo informal pertenecen entre otros el periodista Jacinto Antón, que con sus artículos en *El País* ha contribuido mucho a aclarar la historia del Negro, y Piotr Daszkiewicz, un naturalista polaco ubicado en París, excelente conocedor de los Verreaux y del ámbito francés. También integran el club los escritores Caitlin Davies y Frank Westerman, que ya al inicio del nuevo milenio publicaron libros, también con tinte personal, sobre sus exploraciones por la historia del Negro. Se conocen entre ellos e intercambian informaciones desde hace veinte años o más. «Como los buscadores de tesoros, como los ludópatas compulsivos, los amigos del Negro teclean y teclean en los archivos digitales sin renunciar nunca el gran premio» (p. 239) Y a veces encuentran una pieza

más del puzzle. Molina está convencido que en su último viaje al sur de África ha acumulado más evidencias para sostener «que Litakou, hoy Dithakong, es una buena candidata a ser la aldea donde nació el africano sin nombre» (p. 249). Los miembros del club están en contacto con historiadores ubicados en el sur de África, como por ejemplo Neil Parsons en Botsuana.

A lo mejor los historiadores españoles (y el resto de los europeos) tendrían que preguntarse por qué el trabajo más relevante (en investigación de fuentes y en publicaciones) lo ha hecho gente de fuera de la esfera académica. Yo mismo he trabajado muchos años sobre Francesc Darder, pero sin tocar el tema del Negro, sino enfocándome en su papel como fundador del zoo de Barcelona. En mi opinión, habría que buscar alianzas y unir fuerzas con periodistas, blogueros y activistas. Podríamos aprender mucho los unos de los otros. Quedan aún muchos «esqueletos en el armario». ■

**Oliver Hochadel**

IMF-CSIC, Barcelona

ORCID 0000-0002-4983-1118

**Tiago Saraiva, Marta Macedo**, organizadores. *Capital Científica. Práticas da Ciência em Lisboa e a História Contemporânea de Portugal*. Lisboa: Imprensa de Ciências Sociais; 2019. ISBN 978-972-671-540-5. 64,5 €

La historia urbana de la ciencia se ha convertido en los últimos años en un campo fértil y prolífico en el panorama historiográfico de la historia de la ciencia, un hecho que este magnífico libro no hace más que confirmar. *Capital Científica* es un excelente ejemplo de aplicación práctica y efectiva del programa que Sven Dierig, Jens Lachmund, y J. Andrew Mendelshon lanzaron en 2003 en la revista *Osiris*, con el título: *Science and the City*, que ha servido de fuente de inspiración para otros trabajos recientes en este campo. Efectivamente, más allá de interpretaciones simplistas sobre la ciudad como contenedor pasivo de la práctica científica, el libro editado por Tiago Saraiva y Marta Macedo nos muestra, tanto en la introducción de la obra como en sus capítulos, el papel destacado de los expertos urbanos (ingenieros, médicos, arquitectos, urbanistas) en la propia construcción del saber; y el rol que ha jugado la ciencia en la representación cultural y simbólica de la ciudad, en este caso de Lisboa y su capitalidad por-